

DE LOS GOBIERNOS COMPUESTOS

En el capítulo anterior hemos seguido el desarrollo del primer elemento del aparato triple y uno que en todas partes vemos aparecer al comienzo de las sociedades. Vamos á examinar el desarrollo del segundo elemento, esto es, del grupo de los hombres directores entre los cuales al principio es simplemente el jefe, el más eminente de ellos. Vamos á buscar las condiciones bajo las cuales este elemento se desarrolla hasta el punto de poner á los otros dos bajo su dependencia, las causas que limitan su espacio, y las que lo agrandan hasta que el segundo elemento se confunde con el tercero.

Si los sentimientos y aptitudes innatos de una raza contribuyen en gran manera á determinar la magnitud y la cohesión de los grupos sociales, contribuyen más poderosamente aun á determinar las relaciones que se establecen entre los miembros de estos grupos. Si la manera de vivir adoptada produce el efecto de engendrar tal ó cual estructura política, el resultado está complicado siempre con los efectos del carácter hereditario. El estado primitivo en el que el poder director está repartido por igual entre todos los guerreros ó todos los ancianos, ¿se transforma ó no en el estado en que el poder director se hace el privilegio exclusivo de uno solo? La contestación á esta pregunta, depende en gran parte de la vida que el grupo lleva, depredadora ó pacífica, y en parte, del carácter de sus miembros que les induce á resistir más ó menos obstinadamente á una dominación usurpadora. Algunos hechos aclararán esta idea.

Los Arafuras (insulares papuas) que «viven en paz y se aman como hermanos,» no reconocen otra «autoridad entre ellos que la de las decisiones de sus ancianos (1).» Entre los inofensivos «Todas, las disputas y cuestiones buenas y malas se arreglan por arbitraje ó por un consejo de cinco miembros (punchayet) (2).» Los Bodos y los Dhimals de quienes se dice ser rebeldes al servicio militar y «enteramente despojados de arrogancia, de espíritu de venganza, de crueldad y de fiereza,» tienen al frente de cada una de sus pequeñas tribus un jefe nominal que paga el impuesto en su nombre, pero carece de poder, y «un

(1) Kolffe, *Voyage du brick hollandais Domenga*, 161.

(2) Shortt, *Transactions of the Ethnological Society*, new series, VII, 241.

jurado de ancianos es el que dirime las disputas (1).» En estos ejemplos, puede á la vez observarse que faltan las causas favorables á la supremacía de un jefe, y existen las que la impiden. Los Papuas en general, de los cuales nos ofrecen el tipo los Arafuras ya citados, son segun Modera, Ross y Kolffe, «benévolos y de una naturaleza dulce; pero al propio tiempo segun Earl son impropios para la vida militar: «su indocilidad á la autoridad les impide de una manera absoluta la organización que los pondría en estado de defenderse contra toda usurpación (2).» Los Bodos y los Dhimals que «no cometen ninguna violencia, ni unos contra otros, ni contra sus vecinos» resisten con una porfiada obstinación los mandatos irrazonables.—«Un pueblo verdaderamente seductor» que pertenece á la misma raza, los Lepchas, que los viajeros están unánimes en representarnos dulces, pacíficos, buenos y que repugnan el servicio militar, «sufren, se nos dice, grandes privaciones antes que someterse á la opresión ó á la injusticia.»

Donde quiera que la repugnancia á sufrir la autoridad se muestra grande, se sostiene la ordenación política no centralizada, á pesar del régimen militar que tiene por efecto el dar origen á la constitución del gobierno por un jefe. Los Nagas «no reconocen rey, y nadie tiene idea de que éste exista entre otros,» sus «aldeas están en perpétua guerra;» «cada uno es allí su propio dueño, sus pasiones y sus inclinaciones se satisfacen segun la fuerza bruta que tiene.» Sabemos tambien que:—

«Las disputas de poca importancia y las pequeñas discordias sobre la propiedad, son arregladas por un consejo de ancianos al arbitrio de los cuales se someten las partes. Tan solo, para hablar correctamente, no hay entre los Nagas ni sombra de una autoridad constituida, y por extraño que ello parezca, esta falta de gobierno no produce una anarquía ni una confusión notable (3).»

Lo mismo pasa en las belicosas tribus de la América del Norte. Schoolcraft dice, de estos indios, que «todos quieren gobernar y no ser gobernados. Todo indio se cree con derecho para hacer lo que le plazca; piensa que nadie vale más que él, y se batirá antes que ceder sobre lo que juzgue conveniente (4).»

(1) *Transactions of Ethnological Society of Bengal*, XVIII, 708.

(2) Kolffe, *loc. cit.* 6.

(3) Stewart, *Journal Asiatic Society of Bengal*, XXIV, 608.

Schoolcraft, *Expedition to the Sources of the Mississippi*, II, 130.

Obsérvese por ejemplo, que entre los Comanches «el principio democrático está profundamente arraigado,» y que se «tienen asambleas públicas á intervalos regulares durante el año» para arreglar las cuestiones de gobierno. En ciertas regiones de la América Central, existían antiguamente sociedades algo más avanzadas que, si bien belicosas, oponíanse por efecto de un celo natural al establecimiento del monopolio del poder. El gobierno correspondía á un consejo electivo de ancianos que nombraban un jefe de guerra; y cuando se sospechaba que éste conspiraba contra la salud de la república ó con el objeto de asegurarse el poder supremo, el consejo le condenaba á muerte.

No hay duda que las particularidades de carácter que de este modo llevan á ciertas razas á producir al principio gobiernos compuestos, y á oponerse, aun bajo la presión de la guerra, á la elevación de un gobierno político simple, son nativas; pero no carecemos de medios para descubrir las circunstancias que las hicieron tales. Es inútil dar á ellas una ojeada para ver cómo se las puede interpretar. Los Comanches y los Indios de las tribus de la misma raza, errando en pequeñas partidas, activos y hábiles ginetes, han vivido durante mucho tiempo de tal manera, que era difícil que un hombre ejerciera violencia sobre otro. Lo mismo sucedió aunque por otra razón entre los Nagas. «Estos habitan una región montañosa, áspera é impenetrable;» y sus aldeas están encaramadas «en la cresta de las rocas (1).» Añadamos un hecho significativo que una observación del capitán Burton nos da á conocer. En África, lo mismo que en Asia, según él, había tres formas de gobierno claramente acusadas, sistemas militares despóticos, monarquías feudales, y repúblicas rudimentarias; éstas están formadas por «las tribus de Beduinos, los pueblos montaraces y los de los juncos.» Evidentemente, los nombres de estas últimas, demuestran que habitan regiones cuyos caracteres físicos no permiten el establecimiento de un gobierno más difundido, así como la subordinación política menos pronunciada que lo acompaña.

Estos hechos están evidentemente en relación con algunos otros ya mencionados. Vimos que es relativamente fácil el formar una gran sociedad, cuando el suelo ocupado por ella es de aquellos cuyas partes todas son de fácil acceso, pero rodeado de vallas que no permiten casi escapar; vimos también que, por el contrario, la formación de una gran sociedad se impide ó retarda en gran manera cuando en el suelo ocupado por ella son difíciles las comunicaciones y

¹ Stewart, loc. cit. XXIV, 607.

es fácil escapar de él. Ahora, vemos mejor que las condiciones físicas antes incluidas no son tan solo un obstáculo para la integración política bajo su primitivo aspecto, el de una masa que se acrecienta, sino que lo son también para el desarrollo de una forma de gobierno más integrada. Las circunstancias que impiden la consolidación social, impiden también la concentración del poder político.

No obstante, lo que en este momento nos ocupa, es el establecer que la existencia continua de uno ú otro sistema de condiciones da al hombre un carácter al cual se adapta ó bien la organización política centralizada, ó la organización política difundida. Una raza que vive desde muchas generaciones en un régimen en el cual se ha originado el poder despótico, toma un carácter adaptado á este régimen, á consecuencia, en parte, de la costumbre diaria, y en parte por la subsistencia de los individuos más propios para vivir bajo este régimen. Por el contrario, en una región favorable á la independencia de los grupos pequeños, de época en época se ven fortalecer los sentimientos de resistencia á la violencia; en efecto, no solamente los esfuerzos de vez en cuando intentados para subordinar estos grupos, alimentan estos sentimientos, sino que, en general, los que más obstinadamente resisten son los que permaneciendo independientes y transmitiendo á su posteridad sus caracteres, determinan el carácter de la tribu.

Habiendo con esto examinado los efectos de los factores externos é internos, tales como actúan en las tribus simples, comprenderemos de que manera concurren cuando por emigración ó de otra manera estas tribus vuelven á encontrar circunstancias favorables al crecimiento de grandes sociedades.

De ningún modo podría comenzarse mejor esta explicación que con el ejemplo de un pueblo salvaje de este género, donde en una época reciente ha podido verse lo que sucede cuando las condiciones son favorables á la unión de pequeños grupos en uno grande.

Las naciones de Iroqueses, cada una de ellas compuesta de muchas tribus en otro tiempo en guerra, tuvieron que defenderse contra los invasores europeos. Para que las cinco naciones que al cabo fueron seis, combinaran con este objeto sus esfuerzos, fué necesario que se reconocieran unas á otras poderes iguales, pues no habría podido aceptarse la alianza, ni las unas hubiesen exigido la sumisión de las otras. Los grupos cooperaban con la idea de que sus «derechos, privilegios y obligaciones,» quedarían los mismos. Aunque el número de los *Sachems* vitalicios y hereditarios nombrados por cada nación para

formar el gran consejo fuese diferente, las diversas naciones tenían en él igual número de votos. Sin hablar de los detalles de la organización, observaremos desde luego que durante un gran número de generaciones, á pesar de las guerras que esta liga sostuvo, su constitución permaneció estable, que nadie se elevó á la categoría suprema, y luego, que al lado de la igualdad en el poder de los grupos existía, la desigualdad en cada grupo: el pueblo no participaba de su gobierno.

Este ejemplo nos da la llave del génesis de estos gobiernos compuestos con los cuales nos ha familiarizado la historia antigua. Merced á él podemos comprender como en las mismas sociedades pudieron simultáneamente existir instituciones despóticas con otras que parecían descansar en el principio de la igualdad y que con frecuencia se han confundido con instituciones libres. Recordemos los antecedentes de estos primitivos pueblos europeos que organizaron gobiernos de esta forma.

La vida pastoral y nómada daba el hábito de la subordinación á un gobierno simple. El miembro del grupo que quería resistir, tenía que optar entre someterse á la autoridad bajo la que había crecido, y; caso de revelarse, el abandonar el grupo, y arrostrar todos los peligros con que el desierto amenazaba á una existencia sin protección. El establecimiento de esta subordinación hallaba otra condición favorable en la supervivencia más frecuente de los grupos, en que se imponía con mayor fuerza. En efecto, en los conflictos de los grupos, aquellos cuyos miembros aparecían insubordinados eran generalmente más pequeños y á la vez menos propios para una cooperación eficaz, y por consiguiente destinados probablemente á desaparecer. Pero al mismo tiempo que, en estas familias ó clans, la obediencia al padre y al patriarca, hallaba circunstancias favorables, estas circunstancias favorecían también el espíritu de libertad en las relaciones entre los clans. Su dispersión y su movilidad no permitían casi que uno de ellos ejerciera autoridad sobre los demás; el hábito de combatir con éxito la violencia extranjera ó de sustraerse á ella por medio de la huida, continuando durante un inmenso número de generaciones, debió probablemente dar una gran fuerza á la inclinación de estas tribus á sublevarse contra toda extranjera autoridad, y á rechazarla.

La cuestión de saber cuándo se agregan los grupos así disciplinados, por qué contraen tal ó cual forma de organización política, depende en parte, como ya hemos dejado presumir, de las condiciones que les rodean. Aun cuando olvidáramos las diferencias que separan á los Mogoles de los Semitas y de los Arianos, y que se originaron en los tiempos prehistóricos á consecuencia de

causas por nosotros desconocidas, aunque la larga duración de la vida pastoral hubiese entre ellos producido una naturaleza absolutamente parecida, las grandes sociedades formadas por la combinación de pequeñas hordas no podían contraer formas semejantes sino bajo el imperio de circunstancias parecidas. Por efecto de las circunstancias desfavorables es que los Mogoles y los Semitas donde quiera se establecieron y multiplicaron, no pudieron conservar la autonomía de sus hordas después de su unión, ni desarrollar las instituciones que de ella emanan. Los Arianos mismos en quienes tomaron origen más particularmente las formas menos concentradas de gobierno político, son una prueba de que las circunstancias, favorables ó desfavorables, obran modificaciones casi completas. Al principio, las diferentes ramas de esta raza heredan en común algo del carácter mental constituido en la época en que sus antepasados vivían en el Hindu-Kuch y países vecinos, pero más tarde desarrollan instituciones diferentes y los caracteres que acompañan estas instituciones. Las que se ostentan en las llanuras de la India, cuyo fértil suelo permite un acrecentamiento inmenso de la población, y que no ofrecen sino pequeños obstáculos materiales al ejercicio de la autoridad, pierden su nativa independencia, y no tienen ya los sistemas políticos que florecen entre sus parientes occidentales, bajo la influencia de circunstancias que favorecen la conservación del carácter primitivo.

Necesario es, pues, admitir que cuando los grupos sociales pertenecientes al grupo patriarcal se establecen en regiones que permiten un considerable crecimiento de población, pero cuya estructura física se opone á la centralización del poder, nacerá el gobierno político compuesto, y se sostendrá por algún tiempo merced al concurso de dos factores: la independencia de los grupos locales, y la necesidad de la unión para la guerra. Veamos algunos ejemplos.

La isla de Creta cuenta numerosos valles entre sus altas montañas; en ellas se encuentran excelentes pastos y muchas posiciones que fortificar; en las ruinas que allí se hallan se vé que los antiguos habitantes las habían utilizado. Lo mismo sucede en la mayor parte de Grecia. Un complicado sistema de montañas separa una parte de la otra y hace difícil el acceso á cada una de ellas. Sucede esto más particularmente en el Peloponeso, y sobre todo, en la parte de él ocupada por los Espartiotas. Se ha hecho la observación de que el Estado que posea ambos lados del Taygeta, tiene los medios necesarios para hacerse dueño de la península: «es el acrópolis del Peloponeso, como esta península es el acrópolis de la Grecia (1).»

(1) Fanshawe Tozer. *Lectures on the Geography of Greece* 1873, 284.